



Y LA CASA SE LLENÓ DEL OLOR DEL PERFUME

Seis días antes de la Pascua, Jesús se fue a Betania, donde estaba Lázaro, a quien Jesús había resucitado de entre los muertos. Le dieron allí una cena. Marta servía y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa. Entonces María, tomando una libra de perfume de nardo puro, muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos. Y la casa se llenó del olor del perfume. Dice Judas Iscariote, uno de los discípulos, el que lo había de entregar: «¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios y se ha dado a los pobres?» Pero no decía esto porque le preocuparan los pobres, sino porque era ladrón, y como tenía la bolsa, se llevaba lo que echaban en ella. Jesús dijo: «Déjala, que lo guarde para el día de mi sepultura. Porque pobres siempre tendréis con vosotros; pero a mí no siempre tendréis» (Jn 12,1-11)

COMENTARIO

El gesto de María es la expresión de fe y de amor grandes por el Señor: para Ella no es suficiente lavar los pies del Maestro con agua, sino que los unge con una gran cantidad de perfume precioso que —como protestará Judas— se habría podido vender por trescientos denarios; y no unge la cabeza, como era costumbre, sino los pies: María ofrece a Jesús cuanto tiene de mayor valor y lo hace con un gesto de profunda devoción. **El amor no calcula, no mide, no repara en gastos, no pone barreras**, sino que sabe donar con alegría, busca sólo el bien del otro, vence la mezquindad, la cicatería, los resentimientos, la cerrazón que el hombre lleva a veces en su corazón.

María se pone a los pies de Jesús en humilde actitud de servicio, como hará el propio Maestro en la última Cena, cuando, como dice el cuarto Evangelio, «se levantó de la mesa, se quitó sus vestidos y, tomando una toalla, se la ciñó. Luego echó agua en una jofaina y se puso a lavar los pies de los discípulos» (Jn 13, 4-5), para que —dijo— «también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros» (v. 15): **la regla de la comunidad de Jesús es la del amor que sabe servir hasta el don de la vida**. Y el perfume se difunde: «Toda la casa —anota el evangelista— se llenó del olor del perfume» (Jn 12, 3).

El significado del gesto de María, que es respuesta al amor infinito de Dios, se expande entre todos los convidados; todo gesto de caridad y de devoción auténtica a Cristo no se limita a un hecho personal, no se refiere sólo a la relación entre el individuo y el Señor, sino a todo el cuerpo de la Iglesia; es contagioso: infunde amor, alegría y luz.

ORACIÓN DE ADORACIÓN

Te adoro, Jesús mío, en el misterio santísimo de la Eucaristía y también dentro de mi alma, porque eres mi Creador y Señor.

Te adoro, como te adoran los Ángeles que están en tu presencia celeste.

Te adoro como te adoran los Ángeles que están alrededor de tus altares.

Te adoro como te adora tu Santísima Madre.

Te adoro en el sagrario y dentro de mi corazón.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo: a un Dios en Tres Personas bendigo y canto. Amén.

SI SUPIESES LO QUE DIOS TE AMA...

El sacerdote más grande que jamás había vivido decía la misma homilía todos los días, una y otra vez, y eran solo dos líneas. San Juan María Vianney predicaba lo mismo cada domingo: **"Si solo supieras cuánto Jesús te ama en el Santísimo Sacramento, te morirías de felicidad"**. Después, señalando hacia el sagrario, agregaba **"JESÚS ESTÁ REALMENTE AHÍ"**.

La gente venía de todas partes de Francia para oírlo hablar, y cada domingo repetía lo mismo. Al tomar conciencia del amor y la presencia de Jesús en el Santísimo Sacramento, se conmovía tan intensamente, hasta lo más profundo de su alma, que al apuntar al Sagrario para mostrarle a la gente que Jesús estaba realmente ahí, lloraba de alegría. Él pasaba largas horas cada día y cada noche orando ante el Santísimo Sacramento como también muchas horas en el confesionario. San Juan María Vianney, el cura de Ars, fue proclamado por la Iglesia modelo y patrono de todos los sacerdotes.

Otro sacerdote famoso que vivió en la misma época de San Juan Vianney, fue el padre Lacordiere. Este sacerdote fue el predicador más elocuente de su tiempo. Cuando Él iba a predicar a la Iglesia de Notre Dame de Paris, el rey y la reina iban a oírlo y la catedral se llenaba.

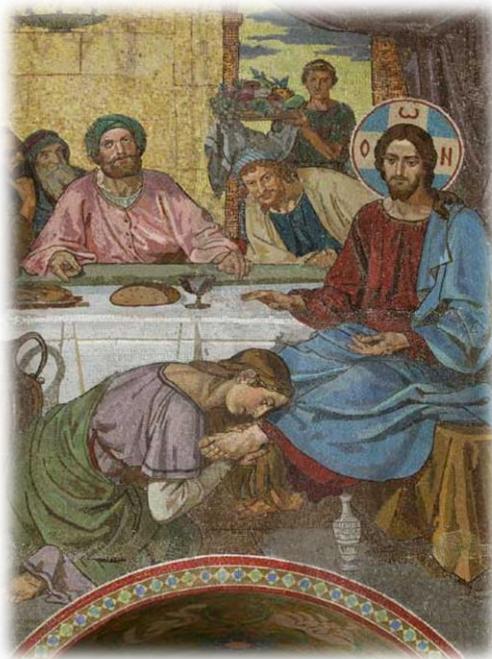
Cierto día, alguien le preguntó si sentía gran satisfacción por ser un predicador tan popular. Él contestó que no, porque cuando Él hablaba la gente elogiaba su elocuencia y le felicitaba. Pero, cuando Juan Vianney hablaba todos salían diciendo: **¡qué bueno es Jesús!**

CULTO DEL MISTERIO EUCARÍSTICO

(San Juan Pablo II. *Carta Dominicae Cenae* 1980)

Tal culto está dirigido a Dios Padre por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo. Ante todo al Padre, como afirma el evangelio de San Juan: «*Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna.*»

Se dirige también en el Espíritu Santo a aquel Hijo encarnado, según la economía de salvación, sobre todo en aquel momento de entrega suprema y de abandono total de sí mismo, al que se refieren las palabras pronunciadas en el cenáculo: «*esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros*» ... «*éste es el cáliz de mi Sangre ... que será derramada por vosotros*». La aclamación litúrgica: «*Anunciamos tu muerte*» nos hace recordar aquel momento. Al proclamar a la vez su resurrección, abrazamos en el mismo acto de veneración a Cristo resucitado y glorificado «*a la derecha del Padre*», así como la perspectiva de su «*venida con gloria*».



Sin embargo, **es su anonadamiento voluntario, agradable al Padre y glorificado con la resurrección**, lo que, al ser celebrado sacramentalmente junto con la resurrección, nos lleva a la adoración del Redentor que **«se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz»**.

Esta adoración nuestra contiene otra característica particular: está compenetrada con la grandeza de esa Muerte Humana, en la que el mundo, es decir, **cada uno de nosotros, es amado «hasta el fin»**. Así pues, ella es también una respuesta que quiere corresponder a aquel Amor inmolado que llega hasta la muerte en la cruz: es nuestra «Eucaristía», es decir, nuestro agradecimiento, nuestra alabanza por habernos redimido con su muerte y hecho participantes de su vida inmortal mediante su resurrección.

Tal culto, tributado así a la Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo, acompaña y se enraíza ante todo en la celebración de la liturgia eucarística. Pero debe asimismo llenar nuestros templos, incluso fuera del horario de las Misas. En efecto, **dado que el misterio eucarístico ha sido instituido por amor y nos hace presente sacramentalmente a Cristo, es digno de acción de gracias y de culto**. Este culto debe manifestarse en todo encuentro nuestro con el Santísimo Sacramento, tanto cuando visitamos las iglesias como cuando las sagradas Especies son llevadas o administradas a los enfermos.

La adoración a Cristo en este sacramento de amor debe encontrar expresión en diversas formas de devoción eucarística: plegarias personales ante el Santísimo, horas de adoración, exposiciones breves, prolongadas, anuales (las cuarenta horas), bendiciones eucarísticas, procesiones eucarísticas, Congresos eucarísticos. A este respecto merece una mención particular la solemnidad del **«Corpus Christi»** como acto de culto público tributado a Cristo presente en la Eucaristía, establecida por mi Predecesor Urbano IV en recuerdo de la institución de este gran Misterio. Todo ello corresponde a los principios generales y a las normas particulares existentes desde hace tiempo y formuladas de nuevo durante o después del Concilio Vaticano II.

La animación y robustecimiento del culto eucarístico son una prueba de esa auténtica renovación que el Concilio se ha propuesto como finalidad y de la que es el punto central. Esto, venerados y queridos hermanos, merece una reflexión aparte. La Iglesia y el mundo tienen una gran necesidad del culto eucarístico. **Jesús nos espera en este sacramento del amor. No escatimemos tiempo para ir a encontrarlo en la adoración, en la contemplación llena de fe y abierta a reparar las graves faltas y delitos del mundo**. No cese nunca nuestra adoración.

DERROCHE DE DEVOCIÓN

(San Juan Pablo II. *Ecclesia de Eucharistia*, 48))

Como la mujer de la unción en Betania, **la Iglesia no ha tenido miedo de «derrochar»**, dedicando sus mejores recursos para expresar su reverente asombro ante el don inconmensurable de la Eucaristía. No menos que aquellos primeros discípulos encargados de preparar la «sala grande», la Iglesia se ha sentido impulsada a lo largo de los siglos y en las diversas culturas a celebrar la Eucaristía en un contexto digno de tan gran Misterio.

La liturgia cristiana ha nacido en continuidad con las palabras y gestos de Jesús y desarrollando la herencia ritual del judaísmo. Y, en efecto, nada será bastante para expresar de modo adecuado la acogida del don de sí mismo que el Esposo divino hace continuamente a la Iglesia Esposa, poniendo al alcance de todas las generaciones de creyentes el Sacrificio ofrecido una vez por todas sobre la Cruz, y haciéndose alimento para todos los fieles.

Aunque la lógica del «convite» inspire familiaridad, la Iglesia no ha cedido nunca a la tentación de banalizar esta «cordialidad» con su Esposo, olvidando que Él es también su Dios y que el «banquete» sigue siendo siempre, después de todo, **un banquete sacrificial, marcado por la sangre derramada en el Gólgota**.

El banquete eucarístico es verdaderamente un banquete «sagrado», en el que **la sencillez de los signos contiene el abismo de la santidad de Dios**: *«O Sacrum convivium, in quo Christus sumitur!»* El pan que se parte en nuestros altares, ofrecido a nuestra condición de peregrinos en camino por las sendas del mundo, es *«panis angelorum»*, pan de los ángeles, al cual no es posible acercarse si no es con la **humildad** del centurión del Evangelio: **«Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo»** (Mt 8, 8; Lc 7, 6)

¡QUÉ BIEN SE ESTÁ CONTIGO!

¿Qué bien se está contigo, Señor, junto al Sagrario! Qué bien se está contigo, ¿por qué no vendré más? Hace ya muchos años que vengo a diario y aquí te encuentro siempre, Amor solitario, solo, pobre, escondido, pensando en mí quizás!... Tú no me dices nada ni yo te digo nada; si Tú lo sabes todo, ¿qué voy a decirte yo? Sabes todas mis penas, todas mis alegrías, sabes que vengo a verte con las manos vacías, y que no tengo nada que te pueda servir.

Siempre que vengo a verte, te encuentro siempre solo.

¿Será, Señor, que nadie sabe que estás aquí? No sé. Pero sí sé, en cambio, que aunque nadie viniera, que aunque nadie te amara ni te lo agradeciera, aquí estarías siempre esperándome a mí... ¿Por qué no vendré más? ¡Qué ciego estoy, qué ciego! ¡Si sé por experiencia que cuando a Ti me llego siempre vuelvo cambiado, siempre salgo mejor!

¿Adónde voy, Dios mío, cuando a mi Dios no vengo?

¡Si Tú me esperas siempre! ¡Si a Ti siempre te tengo, si jamás me has cerrado las puertas de tu Amor!

Por otros se recorren a pie largos caminos, acuden de muy lejos cansados peregrinos o pagan grandes sumas que no han de recobrar.

Por Ti nadie me pregunta, de Ti nadie hace caso; si alguna vez te visitan, es sólo así, de paso; aquí eres Tú quien paga si alguno quiere entrar.

Por qué no vendré más si sé que aquí, a tu lado, puedo encontrar, Dios mío, lo que tanto he buscado: mi luz, mi fortaleza, mi paz, mi único bien?

¡Si jamás he sufrido, si jamás he llorado, Señor, sin que conmigo llorases Tú también! ¿Por qué no vendré más, Jesucristo bendito? ¡Si Tú lo estás deseando, si yo lo necesito! Si aquí me enseñarías la ciencia de los santos, como aquí la buscaron y la aprendieron tantos, que fueron tus amigos y gozan de Ti... ¿por qué no vendré más, si yo sé que Tú eres el modelo único y necesario, que nada se hace duro mirándote a Ti aquí...? El Sagrario es la celda donde estás encerrado... ¡Qué pobre, qué obediente, qué manso, qué callado, qué solo, qué escondido... nadie se fija en Ti!

¿Por qué no vendré más? ¡Oh Bondad infinita!, riqueza inestimable que nada necesita, y que te has humillado a mendigar mi amor. Ábreme ya esa puerta, -sea esa ya mi vida-, olvidado de todos, de todos escondida. ¡Qué bien se está contigo, qué bien se está Señor!

Amén.